



# Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.  
Presidenta de la CLAR

En este Año de la Vida Consagrada, y con la celebración del Congreso de Vida Consagrada, de la CLAR, Jesús viene a “despertarnos”, como a Lázaro en Betania. Lázaro significa: “aquél por quien Dios ve”. Dios ha visto siempre por la Vida Consagrada, especialmente lo decimos hoy en nuestro Continente. Y ¡viene a despertarnos! No para dejar de soñar, no para renunciar a las utopías, sino para soñar con los ojos bien abiertos y seguir animadas/os por la utopía del Reino.

Esta edición de la Revista CLAR es una invitación a visualizar horizontes de novedad, a partir de los clamores que escuchamos allí donde la vida clama, y al interior de la Vida Consagrada. Para escucharlos debemos comenzar por afinar el oído a “los clamores que brotan de las víctimas de tantas situaciones de injusticia y opresión, en el mundo presente”, que se unen a “los que igualmente brotan del corazón de nuestras comunidades y órdenes”. Al interior de nuestras comunidades se clama por una vida espiritual más mística y profética, por fraternidades más humanizadas y humanizantes, por una comunión más testimonial, por un nuevo estilo de animación comunitaria más

evangélico, por una Vida Consagrada para este momento de la Iglesia y de la sociedad.

Necesitamos ponerle nombre a nuestros clamores y, ante todo, escucharlos. El Instrumento de Trabajo del Congreso afirma que con frecuencia hemos espiritualizado la lectura de nuestra realidad. Hay situaciones que nos duelen, que adelgazan nuestra esperanza y que, en ocasiones, desdibujan nuestra alegría. Sentimos preocupación por las crisis vocacionales y numéricas, así como por las salidas de tantos de los nuestros que prometían mucho y que, de buenas a primeras, nos dejan; nuestros cuerpos están cansados de sostener obras y estructuras, como nos dice el Papa; y, al mismo tiempo, buscamos por aquí y por allá ser fieles creativamente a nuestros carismas. Muchos sentimos, además, que todavía no atinamos; y que del camino de refundación y reestructuración que emprendimos con audacia y esperanza, no acabamos de ver los frutos anhelados, ni los cambios de significatividad profética con los que soñamos.

Después del Concilio, la osadía de muchos de los nuestros los lanzó a irse a las periferias, a la inserción, a responder desde sus carismas encarnadamente, pero su frescura se marchitó, tal vez, por falta de apoyo institucional, por censuras cerradas y, no podemos negarlo, por ciertas ideologizaciones que opacaron experiencias verdaderamente evangélicas. Ahora aparecen incorporaciones de formas del pasado que gozan de mucho reconocimiento en algunos sectores de Iglesia; aún más, algunos jóvenes se sienten especialmente atraídos por ese estilo de vida. ¿No nos pidió la *Perfectae Caritatis* una “adecuada renovación de la Vida Religiosa...”, y “una adaptación... a las cambiadas condiciones de los tiempos”? ¿Dónde quedó el Concilio Vaticano II para algunos? ¿Dónde está la fidelidad creativa a los signos de los tiempos y lugares? Así nos lo pidió también san Juan Pablo II en *Vita Consecrata* introduciendo un término revolucionario que nos ha dado respiro<sup>1</sup>.

El dolor y los clamores están presentes, nos duele la verdad cruda y dura, pero desde una lectura creyente y esperanzada, sabemos que

---

<sup>1</sup> SAN JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Vita Consecrata*, (25 marzo de 1996), 37.

“en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que lo aman” (Rm 8,28).

Los clamores escuchados desde el Icono de Betania, a lo largo de este trienio de la CLAR, han sido nombrados por el mismo Jesús en la resurrección de Lázaro y están definidos en el lema del Congreso: “Quiten la piedra... ¡Sal fuera!... ¡Desátenle las vendas para que pueda andar!” (Cf. Jn 11,39.43.44). En ellos también se abren horizontes de novedad para la Vida Consagrada, con ellos se reanima nuestra esperanza.

No todo concluye aquí. El Icono termina con la unción en Betania, donde la comunidad se restituye y resucita, porque Jesús vuelve al centro de la mesa y de la comunidad; porque el servicio-diaconía, significado en Marta, el amor entregado en totalidad, significado en el frasco de perfume que rompe María, para ungir los pies del Maestro, y la fraternidad eucarística, significada en Lázaro, que se sienta a la mesa con Jesús, representan una comunidad reconfigurada, resucitada, más humanizada, nueva, porque vuelve a lo esencial, porque ha vivido un proceso pascual, de la muerte a la vida. ¡Una comunidad resucitada!

Dejémonos interpelar por las reflexiones que hoy nos ofrece la Revista CLAR, de manera que realicemos ese movimiento de salida misionera al que nos invita el papa Francisco, y despertemos al mundo con nuestra profecía. María de Guadalupe despertó a nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños con su visita llena de ternura y alegría, con su rostro materno, solidario y compasivo. Tenemos de nuestra parte a Ella y al Espíritu Santo. Este mismo Espíritu clama en nuestro interior y nos ayuda a encontrar los horizontes de novedad. Qué Él nos redefina, como Vida Consagrada, en nuestra profecía y en nuestra pasión por Cristo y por la Humanidad.